

Norteamericana de esta Capital. Todo lo anterior no habría sucedido si Madero hubiese contraído compromisos vergonzosos con la Casa Blanca. Victoriano Huerta fué apoyado por el imperialismo europeo; mendigó el reconocimiento del Gobierno de los Estados Unidos y habría hipotecado el país para conseguirlo; no lo consiguió porque Woodrow Wilson, cuidaba mucho de las apariencias, necesitaba de todo su prestigio ante el mundo y el pueblo de los Estados Unidos que trabaja manual y mentalmente conoció los vicios y los crímenes de Victoriano Huerta y habría condenado enérgicamente la política del Presidente Wilson, en caso de haber reconocido al asesino de Madero. Despechado Victoriano Huerta intentó provocar una guerra con los Estados Unidos ordenando actos brutales para arrastrar la estatua de Washington y lapidar casas de comercio norteamericanas. Huerta no cayó por la falta de reconocimiento del Gobierno de los Estados Unidos, sino por el empuje del pueblo mexicano. En vano intentaba reforzar sus fuerzas por medio de levas, forzando a los ciudadanos a tomar las armas para defenderlo; en cada combate la defección en masa y el ímpetu de los revolucionarios, estrechaban en un círculo cada vez más pequeño al usurpador de la Presidencia de la República. La revolución constitucionalista triunfó. Sus enemigos la calumniaron afirmando que la mitad del ejército revolucionario estaba integrada por filibusteros norteamericanos y que el Primer Jefe, Venustiano Carranza, había cedido el Territorio de la Baja California y el Estado de Sonora a cambio del apoyo prestado por el Gobierno Estadounidense. Una vez más la Historia hizo justicia; en el ejército revolucionario había puros mexicanos; Baja California y Sonora continuaron formando parte de la República. Venustiano Carranza exigió la desocupación del Puerto de Veracruz abandonado a las tropas invasoras por el ejército de Victoriano Huerta. Carranza se negó vigorosamente a declarar la guerra a los países aliados en la gran contienda mundial, rehusando millones de dólares que se le ofrecían y el proletariado mexicano no vertió su sangre estérilmente en la guerra imperialista de 1914 a 1918. La doctrina de Carranza es ya una bandera en la América Latina; pugna por la unión de esos países en defensa del imperialismo estadounidense. Carranza rechazó con ejemplar dignidad injustas peticiones del Gobierno Norteamericano y prestó todo su apoyo a la Constitución de 1917 que nacionaliza el suelo y subsuelo de la República; que prohíbe adquirir propiedades a los extranjeros sin nacionalizarse mexicanos, como sucede en todas las naciones resueltas a defenderse de los apetitos voraces de sus enemigos. El Artículo 27 de esa Constitución es un reto al imperialismo norteamericano. Desgraciadamente la política interior de Carranza no estuvo a la altura de su política internacional; ofuscado por un amor propio extraordinario, confundiendo la terquedad con la firmeza, premió al traidor asesino de Emiliano Zapata, héroe de la revolución agrarista del Sur; resolvió imponer en la presidencia de la República a don Ignacio Bonillas, amenazando la vida del Gral. Alvaro Obregón y de sus partidarios representantes del radicalismo revolucionario apoyados por las masas obreras y campesinas; Carranza cayó como todos los gobernantes obsecados que se oponen tenazmente a la voluntad del pueblo. Este impulsado por la necesidad de vivir y renovarse, olvidó sus merecimientos pasados y castiga sus errores.

El pueblo y el ejército llevaron a la Presidencia al Gral. Obregón. Nuevamente los reaccionarios calumniaron al Presidente revolucionario asegurando que su triunfo se debía al apoyo del Gobierno de los Estados Unidos. Nuevamente la verdad se impuso; el Gobierno de los Estados Unidos no reconoció al Gobierno de Obregón durante los tres primeros años de su presidencia; ninguna actitud indebida del Gral. Obregón se pudo comprobar. Cuando el Gobierno de México situó con sacrificio su primer abono de pago a la deuda interior en Nueva York, una empresa mercantil sobornando autoridades arrebató esa suma causando graves perjuicios al pueblo mexicano. El Gobierno de Obregón ordenó con energía digna de aplauso el cierre de todos los Consulados Mexicanos en los Estados Unidos; poco después se devolvió la suma saqueada y se daban disculpas al Gobierno de México, pidiendo la apertura de los Consulados bajo la presión del pueblo estadounidense. El Gobierno de Obregón se sostuvo sin el reconocimiento norteamericano, con firmeza inquebrantable; obró también enérgicamente en los casos del agente inglés Commins y de Monseñor Filipi, Delegado del Vaticano. La Constitución de 1917 no fué vulnerada por los imperialistas de los Estados Unidos, de Inglaterra, ni de Roma.

México es un país débil, comparado con los Estados Unidos, pero templado en el martirio y en los combates por su libertad. En estos momentos dos imperialismos invocan sus intereses atentando contra la soberanía nacional; el imperialismo económico de Wallstreet y el imperialismo religioso del Vaticano. En el Congreso Eucarístico de Chicago la maniobra quedó al descubierto. El ejército nacional de los Estados Unidos presentó armas a los Príncipes de la Iglesia Católica. El tren Púrpura estuvo a su disposición; la Casa Blanca engalanada para recibirlos, a pesar de que la inmensa mayoría del pueblo norteamericano es protestante.

La Liga anti-imperialista de las Américas ha transformado la idea emancipadora, en acción fecunda; los discursos y artículos académicos y literarios se están convirtiendo en la unificación efectiva de los trabajadores latino-americanos resueltos a defenderse contra el imperialismo estadounidense. Ante esa amenaza que ha tenido ya éxitos indiscutibles, como el boicot organizado en la República Argentina, contra las mercancías norteamericanas, los avaros de Wallstreet han ofrecido su oro a cambio de la fuerza moral que la Iglesia Romana les presta, creyendo sojuzgar así a los pueblos latino-americanos, católicos en su mayoría. La intriga es pérfida y burda; derrocar a los gobiernos nacionalistas para colocar en el poder a lacayos del imperialismo. El Presidente Calles sabe cuál es su deber y sus posibilidades para realizarlo. Es este un momento de prueba para la nacionalidad mexicana. En el mundo entero hay ansias de transformaciones morales; millones de trabajadores levantan sus manos crispadas en demanda de justicia social. Muy pronto iniciará sus sesiones el Congreso de Bruselas convocado para luchar contra el imperialismo mundial; en él estarán representadas todas las fuerzas productoras de todos los pueblos y los acuerdos emancipadores estarán sostenidos por millones de hombres resueltos a combatir por la libertad. Nuestro deber es indiscutible; sobre todos los fanatismos y sobre todos los prejuicios y aún sobre los de nuestras familias, tenemos el deber de imitar a nuestros héroes de Independencia que luchaban para crear la Nación Mexicana, en medio de las excomuniones y de la indignación de seres queridos para ellos, enloquecidos por el fanatismo. El instante es definitivo. Todos los peligros y todas las esperanzas vibran en nuestra frontera Norte.

El nacionalismo de las naciones imperialistas es retardario, significa tiranía y explotación. El nacionalismo de los pueblos amenazados — como el nuestro — es revolucionario, significa emancipación, mejoramiento económico de los trabajadores, progreso social. El actual Gobierno Mexicano sigue una política intensamente anti-imperialista y nacionalista. El Banco de México, único que puede emitir billetes, el Banco Agrícola y los Bancos Ejidales; el reparto de tierras; la educación de los indios; la fundación de numerosas escuelas granjas; la ley de extranjería; la nacionalización del petróleo y la caducidad, en treinta y uno de diciembre de mil novecientos veintiséis, de las concesiones petrolíferas, otorgadas durante la dictadura porfiriana, son los principales causas de las dificultades con los Estados Unidos.

La obra de la revolución ha sido, es y será intensamente libertaria y nacionalista; nuestro deber es apoyarla hasta que los postulados revolucionarios se consumen plenamente. Renovarse o morir, dicen los más altos pensadores. Razas, pueblos, hombres y sobre todo juventudes que no se renuevan mueren espiritualmente. Para vivir a plenitud es preciso renovarse incesantemente. Vosotros tenéis ahora la oportunidad de consagrar vuestras vidas a una causa generosísima y coronarlas con una bella muerte, defendiendo a la humanidad, a la raza indio-latina y a la República Mexicana. Vosotros, futuros jefes y oficiales, podéis hacer que el ejército nacional sea el defensor de los trabajadores mexicanos contra los imperialismos voraces y crueles. La unificación entre los trabajadores intelectuales y manuales y entre todas las clases productoras de la América Latina, es la única salvación contra el inmenso peligro. La hora es propicia y fecunda, en extremo. Los valores morales se renuevan. La humanidad está nimbada por un halo de amanecer fulgurante de presagios. En el norte de nuestra frontera el buitre del imperialismo acecha vibrante de voracidad; en nuestros cielos azules, bajo el sol que ha iluminado al Anáhuac gloriosamente el águila mexicana se eleva a golpes de alas con las pupilas fijadas en la lumbre solar, destrozando entre sus garras a la serpiente de todas las tiranías.